

«experimentación», fué una consecuencia más del movimiento renacentista. Pero el progreso aumenta, desligando cada día más el pensamiento y las ciencias de la sólida base religiosa que antes habían tenido.

Sigue Descartes con el racionalismo

Por eso la Filosofía del siglo XVII depositó toda su confianza en los dictados de la razón; por los mismos años en que Bacon de Verulamio recomendó «ir a la Naturaleza para observar y clasificar sus fenómenos» iniciando el método experimental, Renato Descartes, considerado como el verdadero creador del espíritu científico, no dudó en poner la razón por encima de la autoridad para no admitir como verdad más que aquello que «evidentemente» lo sea. Aunque vivió en el seno de la Iglesia y respetó la Revelación, dejó echados los cimientos del racionalismo científico.

La «ciencia» se subleva

En adelante, el intenso movimiento ideológico y científico suplanta en gran manera los valores morales y se produce un vacío sentimental creado por el debilitamiento de la fe religiosa. Todo lo invade el sentido utilitario de la vida, que busca el progreso material en la Tierra. Se olvida o menosprecia lo trascendente, se arrincona lo imaginario y sólo cuenta la fría verdad de lo objetivo y lo práctico. Fueron tantos los adelantos científicos y especialmente los astronómicos, desde Keplero a Herschell, que en el epitafio de este último se hizo constar que «rompió la barrera de los cielos». El hombre sintió tan desmedida confianza en el progreso, que después de haber deshecho tantos errores, vino a caer en otros nuevos y más graves al considerar que la Naturaleza ya no encerraba para él ningún misterio. Pronto hará setenta años que Luis Büchner publicó su obra «Fuerza y Materia» que fué un intento de concepción absolutamente materialista del Universo, para explicarlo sin la intervención del Creador.

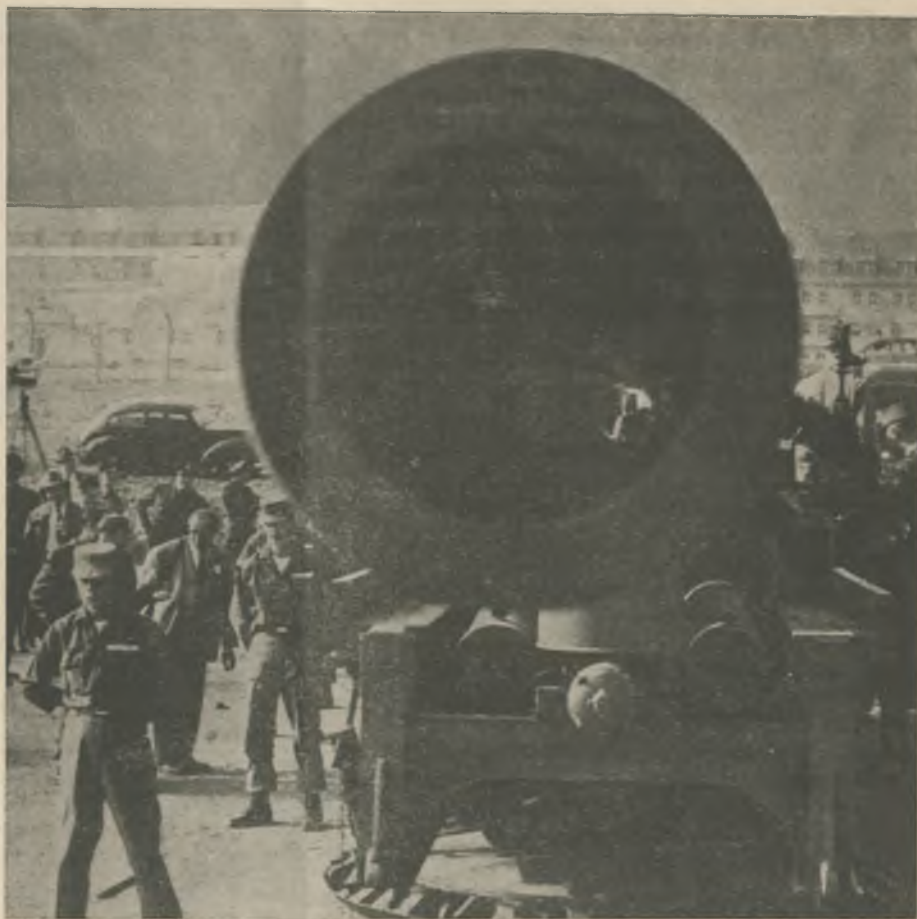
Hasta hace varias décadas, las grandes invenciones habían sido antes precedidas por las necesidades materiales que, más o menos directamente las habían estimulado, pero últimamente las investigaciones de laboratorio han precedido ge-

neralmente a sus posibles aplicaciones prácticas. Cada invención ha descubierto un nuevo campo en el que han surgido otras nuevas. Y así hemos llegado al último gran adelanto técnico científico, a la fabricación de la terrible bomba atómica.

Miedo

El hecho y sus posibilidades de tipo catastrófico son de tal magnitud, que tanto los científicos como los políticos están realmente sobrecogidos, seriamente preocupados. No sabemos a ciencia cierta cuantos beneficios podrán derivarse para la Humanidad del conocimiento de la desintegración atómica, pero ya estamos todos enterados de cuales pueden ser los perjuicios. Quizá el miedo a emplear el terrible artefacto en gran escala aleje la posibilidad de una tercera guerra mundial.

También es posible que ese mismo sentimiento produzca, en plazo no lejano, una vuelta del hombre actual hacia valores morales, que sólo puede brindar la fe religiosa. Quizá el progreso científico que alejó al hombre de la religión, acabe siendo su más fuerte estímulo para volver la vista a ella, en busca de principios y de consuelo. Quizá se diga a sí mismo como el famoso escéptico al final de su vida: «Quiero tener fe porque tengo miedo».



Uno de los cañones atómicos emplazados en la Europa occidental